

vista de las invasiones nubias: pero esta circunstancia propicia no fué duradera. Los bongos, que después de los schilluks y de los dinkas hubieron de aguantar el choque, pudieron, gracias á la facilidad con que se traslada el trabajo agrícola en estos países, conquistar un pedazo de tierra que roturaron en las montañas á donde fueron á refugiarse cuando las cazas de esclavos los hubieron arrojado de la llanura. La mitad del pueblo consiguió con las emigraciones en masa sustraerse á la esclavitud, yéndose una parte al Norte con los dinkas y retirándose otra al Sud, á las fronteras de los nyam-nyam, en donde las ventajas naturales que los montes les ofrecían les permitieron resistir largo tiempo los ataques de los de Chartum.

Por medio de la caza domesticaron los nyam-nyam una pequeña fiera, quizás una ryzana. Junto á muchas clases de aves, aparece también domesticado un papagayo de cola encarnada (*Pittacus erithacus*) al cual se enseña á menudo á hablar. Los nyam-nyam son apasionados cazadores, cual corresponde á su situación de amos respecto de sus siervos de color oscuro.

Los bongos, de cuya industria herrera nos hemos ocupado en otro lugar (pág. 317), fabrican excelentes objetos de hierro: así, por ejemplo, los anillos que en gran número (á veces 20 ó 30) llevan como adorno en los brazos, están muy bien trabajados y tienen formas elegantes. Las lanzas de los bongos están provistas de terribles garfios, mientras que las de los nyam-nyam, todas de hierro y simplemente dotadas de una punta, se parecen por su sencillez y por el conjunto de su trabajo á las de los zulús. Las lanzas de cobre de los nyam-nyam se distinguen por el tamaño y por el grueso de la hoja fijada al mango con una asa, y al mismo tiempo por el hermoso brillo del mango.

El arma característica de estos pueblos y que en ninguna otra parte ha llegado á tal grado de perfección son los cuchillos arrojadizos ó *trombadsch*, denominados también *kurbadsch*, *pingah*, etc., que se usan en todo el Norte del Africa central, hasta más allá del lago Tsad (véase el grabado de la pág. 325). Su longitud es de 15 á 20 pulgadas, tienen un mango envuelto en cordones y consisten en un trozo de hierro que delante de la hoja corta tiene uno más brazos ó cuchillos transversales muy afilados. Esta arma, que tiene mucha semejanza con el bumerang, se arroja horizontalmente, de suerte que durante su rápida carrera da varias vueltas sobre sí misma. Son también característicos los puñales de hierro de los nyam-nyam y es digno de notarse que muy semejantes los encontramos también entre los tuaregs (véase el grabado de la página 328).

El arco y las flechas de estos pueblos se parecen á los de los djurs, estando aquel muchas veces cuidadosamente reforzado por medio de una pieza de hierro. De los escudos primorosamente tejidos de los nyam-nyam hemos hablado ya anteriormente (pág. 313). Más adelante reproducimos la forma más sencilla y la más perfecta de los mismos: Schweinfurth da importancia al signo de la cruz que aparece en el último, considerándolo como prueba de contacto entre los nyam-nyam y los pueblos de la costa occidental: nosotros, sin embargo, creemos que el signo de la cruz es resultado natural de las combinaciones hechas para encontrar adornos geométricos.

Todos estos pueblos son hábiles escultores y trabajan los pies de las sillas con hermosos adornos: también esculpen figuras humanas, que no pueden ser consideradas, sin embargo, como ídolos y tallan buenas cucharas de madera. Las elegantes arpas cuyos cuellos terminan en una cabeza esculpida de animal ó de hombre y que se han ido extendiendo desde el país de los nyam-nyam hasta el de

los bongos y aun más allá por los territorios vecinos, demuestran el gusto y la elegancia con que trabajan. Esta rama del arte hase desarrollado especialmente entre los bongos, los cuales adornan sus aldeas, puertas y sepulcros con multitud de figuras humanas. Con frecuencia se encuentran en las aldeas filas enteras de figuras talladas en madera, colocadas en la entrada de las cercas de estacas, cuya puerta forman, ó al lado de las cabañas de los *njeres* (más ancianos) para perpetuar en la población el recuerdo de tal ó cual personaje ilustre.

En la fabricación de objetos de arcilla y en el arte de tejer, son iguales á los mombuttús y forman indudablemente con éstos una gran zona de una actividad industrial y espíritu artístico extraordinariamente desarrollados, de lo cual vienen á ser como las avanzadas del Este.

En la vida familiar y doméstica de los bongos nyam-nyam aparece un grado de cultura superior al que se nota en la de todos los demás negros de estas comarcas, incluso los mombuttús. Con razón hace notar Felkin el hecho curioso de ser este el primer pueblo en que los hijos no duermen junto á sus padres sino en chozas aparte, «cosa que no sucede en ninguna otra tribu de cuantas habitan entre este país y el de Lado.» Sus matrimonios no se efectúan en edad tan temprana como en otras tribus, sino entre los 15 y 17 años y por este motivo son también más fecundos. Entre los nyam-nyam el tener hijos se considera como signo deseado de dicha y prosperidad. La demanda en matrimonio no está dificultada por la exigencia de ningún tributo de los que, según costumbre extendida en otros puntos de Africa, suele el padre de la novia imponer al pretendiente. Cuando alguien quiere casarse se dirige por regla general al rey ó á uno de sus caudillos, el cual le proporciona inmediatamente una mujer á su gusto. El matrimonio, á pesar de la poligamia ilimitada, no pierde nada de la severidad y santidad de sus deberes. Las mujeres de los nyam-nyam se distinguen por su vida retraída, pero en cambio las *nsangahs*, prostitutas, reclutadas en su mayoría entre las viudas sin hijos, gozan de libertad omnímoda. La generalización de esta institución hace resaltar más favorablemente la severidad de los lazos de familia.

Los bongos entierran á sus cadáveres echados de espaldas: meten el cuerpo envuelto en cuerdas dentro de un saco hecho con una piel cosida y lo colocan en una tumba profunda provista de un departamento lateral á modo de nicho de la manera que prescribe el Alcorán, es decir de modo que no tenga que soportar la presión de la tierra con que se llena la fosa. Los hombres son enterrados mirando al Norte, las mujeres de cara al Sud, y sobre la tumba se levanta un gran montón de piedras de forma cilíndrica, en medio del cual se pone un cántaro de agua. Los sepulcros, situados muy cerca de las cabañas, se distinguen siempre por unas estacas de madera con muchas muescas y cortes, cuyas ramas con sus espinas naturales parecen coronadas por cuernos. Análoga es, en lo esencial, la ceremonia de los entierros entre los nyam-nyam, los cuales adornan el cadáver con todas sus galas, lo untan y colocados junto al lecho mortuorio contemplan el cielo: sin embargo, se separan de los bongos en cuanto entierran á los hombres mirando á Oriente y á las mujeres de cara á Occidente. Además colocan los cadáveres en la tumba, que está defendida por una empalizada, bien sentados en su silla, bien echados en un tronco de árbol á manera de ataúd, y sobre el sepulcro perfectamente relleno construyen una cabaña: como signo de luto se cortan el pelo.

Considerando el respeto con que proceden á los enterra-

mientos, no se admite sin experimentar cierta duda la opinión expresada por el mejor conocedor de estos pueblos de que los bongos, como todos los pueblos negros de este territorio, carecen de culto religioso, en el sentido que nosotros damos á estas palabras. En su idioma no hay una expresión propia para designar á la divinidad, sino que la misma palabra *Soma* indica suerte y desgracia. *Soma* se usa así para expresar la suerte como para designar al ser supremo á quien oyen llamar «Allah» en las plegarias de sus extranjeros opresores. También se usa la expresión *Somagobo*, es decir dios de los superiores, para designar al dios de los turcos. El idioma no puede ser en este punto prueba decisiva, pues cabe que un profundo sentimiento religioso corra parejas con las imperfecciones de un idioma. En vista de lo poco que se sabe acerca de las creencias de los bongos y de los nyam-nyam, nos atrevemos á decir que aun en este punto alcanzan por lo menos el nivel general africano. Así, por ejemplo, participan de la creencia en las hienas, pues á Felkin le avisaron en el país bongo que no diera muerte á ninguno de estos animales, pues los indígenas creían que la gente anciana, especialmente las mujeres, tenían el poder de tomar forma de tales y salir de noche á robar. Tienen hechiceros que en nada se diferencian de los de los demás negros y creen en los mismos augurios que en la costa occidental. Entre los nyam-nyam, por ejemplo, en todas las circunstancias excepcionales y sobre todo antes de emprender una campaña, se da á un perro negro, en presencia del caudillo, una planta venenosa: si el animal muere, indica desgracia; en el caso contrario se tiene por seguro un feliz éxito. Por último, la antropofagia pertenece á aquella serie de costumbres que una parte de los nyam-nyam practica al estilo de los mombuttús, pero que no parecen estar generalizadas. Schweinfurth supo por gentes que habían visitado la parte occidental del país, que no habían encontrado allí indicio alguno de canibalismo. Piaggia, que también estudió estas comarcas, sólo una vez, durante su permanencia en ellas, vió cómo se comían, en una expedición guerrera, la carne de los enemigos muertos; pero únicamente, según él dice, «por odio y salvaje sed de sangre.» Schweinfurth habla, por haberlos conocido personalmente, de caudillos á quienes repugnaba el comer carne humana. «En general — añade — puede sin embargo calificarse francamente á los nyam-nyam de pueblo de antropófagos; y allí donde lo son, lo son por completo y no hacen de ello ningún misterio.» Los antropófagos se alaban á la faz del mundo entero de su pasión salvaje, llevan con ostentación colgados del cuello en cordones, cual si fueran cuentas de cristal, los dientes de los hombres por ellos devorados y adornan con los cráneos de sus víctimas las estacas clavadas al lado de las chozas que en su origen estaban destinadas á sostener los trofeos de caza. La grasa humana es muy apreciada. En tiempo de guerra son devoradas personas de todas edades, las viejas más que las jóvenes, pues la dificultad que tienen para defenderse de las sorpresas hace de ellas fácil botín para el vencedor. Son también devoradas las personas que fallecen de muerte repentina y que se encuentran solas en el distrito en donde mueren. Los soldados makarakas de Gessi-bajá, tan buenos militares bajo otros conceptos, eran generalmente conocidos por sus enemigos como antropófagos. Felkin tomó algunos datos sobre este particular y dice: «Cuando refiero que los guerreros nyam-nyam devoran á los que sucumben, no debe creerse que esto sólo lo hacen en tiempo de hambre ó de guerra: la afición á la carne humana es en ellos cosa común y algunas veces dejan morir á los niños para que los parientes y amigos puedan satisfacer este gusto

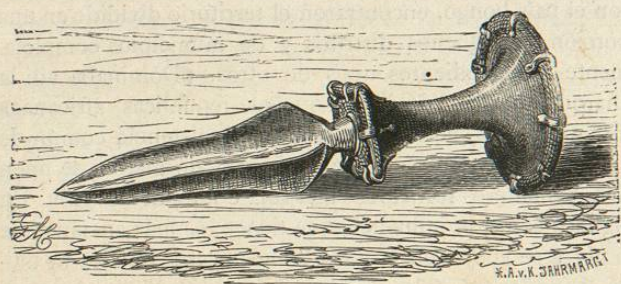
inhumano.» Esto último puede muy bien ser una exageración de los nubios. Junker califica á los bongos, en contraposición á los makarakas del Norte, de «nyam-nyam antropófagos.»

Los nyam nyam se dividen en libres ó nobles, la clase dominante, y súbditos ó esclavos: los primeros se llaman *sandehs* y pertenecen á la raza de color claro. Aquí, como en el Sudán, la diferencia social coincide con la diferencia etnográfica. Desde el punto de vista político encontramos un gran fraccionamiento: el pueblo se divide en una porción de tribus, viéndose el país dominado por más de cien sultanes ó príncipes, ó mejor barones, hereditarios, todos procedentes de la clase aristocrática de los nyam-nyam; pero sólo un número reducido de ellos posee fuerzas considerables y un gran territorio. Lo propio acontece con los bongos. Cuando en 1856 los primeros chartumenses pisaron el país bongo, encontraron el territorio dividido en una porción de pequeños distritos y de municipios completamente independientes unos de otros. «Dominaba allí la anarquía normal de las pequeñas repúblicas africanas» (Schweinfurth), no encontrándose la existencia común de los dinkas, gracias á la cual, en caso de guerra, se unen distritos enteros formando una sola é imponente tribu. En algunos casos, la influencia que tienen los más ancianos de la aldea se apoya en la fama de hechiceros que les va unida. Fácil les fué á las huestes de rudos soldados ir sojuzgando aldea tras aldea y distrito tras distrito, sistema que obtuvo los mismos excelentes resultados entre los nyam-nyam de igual manera constituidos. Este fraccionamiento, sin embargo, no parece haber existido siempre; por lo menos no obedece á ninguna diferencia étnica, como puede deducirse de Schweinfurth, quien dice que el idioma de los sandehs, á pesar de que el pueblo cuenta con algunos millones de habitantes y de que están diseminados éstos por extensos territorios, no presenta diferencias dialécticas notables. El hecho citado por aquél de que en todo el territorio encontró los mismos nombres de plantas y animales, demuestra en los pueblos sedentarios la antigua existencia de una íntima cohesión.

El país mombuttú está situado entre los 3 y 4° de latitud Norte al otro lado de la línea divisoria de las aguas del Nilo en el alto territorio del Uelle, río todavía enigmático que corre hacia el Oeste. Según Schweinfurth, su superficie es de 200 millas geográficas cuadradas, su población de un millón de habitantes: esta población podría calificarse de muy densa dada la manera de ser del interior del Africa, pero hay que tener en cuenta que la citada cifra es resultado simplemente de cálculos hipotéticos. La naturaleza ha hecho á este país en alto grado habitable dotándolo de un suelo fertilísimo, igualmente favorable á la agricultura que á la ganadería, gracias á la abundancia de agua y hasta hace pocos años gracias también á lo apartado que estaba de los territorios de los pueblos de ladrones y cazadores de esclavos. Los mombuttús están separados de los nyam-nyam, que habitan al Norte, por extensos bosques que se tarda dos días en atravesar. Esto no obstante, las fronteras no aparecen marcadas de un modo muy preciso y en otro tiempo eran distintas de las de hoy. Antiguamente el poder de los reyes mombuttús se extendía más allá del distrito en que está enclavado el país mombuttú propiamente dicho.

Si nos fijamos en este país mombuttú, tomado en el sentido estricto de la palabra, encontramos en él un territorio montañoso cuya altura media sobre el nivel del mar es de 800 á 900 metros, y en el cual pequeñas colinas de algunos centenares de pies se reflejan sobre las limpidas aguas

de los ríos y alternan con anchos valles. Añádese á esto un sistema hidrográfico que multiplica tan favorables condiciones: la abundancia de manantiales que forman intrincadas redes y en su consecuencia pantanos en los cuales se encuentra hierro fangoso, es extraordinaria. Aun cuando la selva ha sido atacada por la destal de los agricultores, ávidos siempre de abrir nuevos claros, crecen en los valles árboles corpulentos que en nada ceden á los mayores que pueden encontrarse en todo el territorio del Nilo. A la sombra protectora de los mismos crecen otros cuyos ramajes, de exuberancia verdaderamente tropical, se enlazan y confunden entre sí. Estas espesuras no ocultan el número de fieras de gran tamaño que en otras partes de Africa se encuentra, pero contienen elefantes, búfalos, jabalíes y grandes antílopes en número suficiente para proporcionar abun-



Un puñal de hierro de los que usan los nyam-nyam y los tuaregs (Christy Collection, Londres)

dante y sabrosa alimentación á esas gentes; y esta circunstancia merece llamar la atención, porque podría haber quien creyera que el canibalismo de los mombuttús fuese consecuencia de la carestía de carne.

El signo corporal exterior más saliente de este pueblo es el color más claro de su piel que, según Schweinfurth, puede equipararse al del café molido, y «resulta más claro que el de la mayoría de los pueblos del Africa.» Los mombuttús tienen una musculatura menos desarrollada que la de los nyam-nyam, pero en cambio tienen la barba más poblada que éstos. Su semejanza fisonómica con el tipo semita ha sido notada por todos los observadores y á él corresponde el tamaño y encorvadura de su nariz, mayores que las de los negros. Schweinfurth llama particularidad patológica de este pueblo el gran número de hombres de cabello de color claro que en él se encuentran y que, según ese autor, constituyen el 5 por ciento. «Este cabello — dice — tenía sin embargo el mismo aspecto lanoso que el de los negros y se presentaba siempre en los individuos de color más claro de cuantos había visto desde que salí del bajo Egipto. El color de este cabello no era el que nosotros calificamos de tal, sino una mezcla con gris que podría compararse con el cáñamo. Todos los que ostentaban este matiz claro en el cabello y en la piel tenían cierta expresión enfermiza en los ojos y presentaban varios síntomas de marcado albinismo.» La particularidad patológica que en tal número de individuos se presenta deja de ser objeto de exclusivo estudio de la medicina. El hecho de contar tan gran número de hombres de color claro crea más bien para los mombuttús una situación especial. En cuanto el idioma de éstos puede ofrecer una prueba del origen y de la afinidad de raza de su pueblo, cabe decir que por el gran número de palabras nubio-libias que contiene debe ser colocado entre los idiomas del Africa norte ecuatorial, lejos de las lenguas bantús y sudafricanas.

Pasando á las particularidades etnográficas de este pueblo, veremos que el traje ofrece, en medio de su sorpren-

dente unidad y comparado con el de otros pueblos, las mismas diferencias que en los caracteres antropológicos hemos visto. Por de pronto, es digno de notarse que los mombuttús desconocen por completo el arte del tejido, fabricando sus telas con la corteza de una higuera (*Urostigma Kotschyana*) cuyo color gris se tiñe de encarnado por medio de una madera especial. Las mujeres no usan esta tela ó si la usan es en muy pequeña escala, y se tapan muy imperfectamente las partes genitales colocando sobre ellas y pendiente de un cordón que llevan atado á la cintura una hoja de plátano ó un pedazo de tela de corteza del tamaño de la mano. El resto de su cuerpo está pintarrajado con una porción de figuras que, con gran diversidad de dibujos, se hacen por medio del jugo negro del *búppo*, nombre con que designan á la *Randia malleifera*. Estrellas y cruces de Malta, abejas y flores, todo entra en estos dibujos: algunas veces el cuerpo está cubierto de rayas como una piel de cebra y otras de manchas irregulares imitando la piel de tigre. Cada dibujo se lleva dos días, pasados los cuales se borra cuidadosamente y se sustituye por otro. Los hombres se untan todo el cuerpo con una mezcla de grasa y madera encarnada pulverizada. El peinado es el mismo en ambos sexos y consiste en una especie de cerviguillo largo, rígido y de forma cilíndrica que les cuelga por detrás y que está reforzado interiormente por medio de juncos: de sien á sien el cabello pasa transversalmente por el vértice del cráneo y por la frente dispuesto en delgados mechones fuertemente adheridos á la cabeza. Raras veces tienen los mombuttús el cabello suficientemente largo para hacerse este peinado, así es que utilizan las cabelleras de los que sucumben en la guerra ó compran cabello en el mercado. En ese cerviguillo llevan los hombres mombuttús un sombrero de paja de forma cilíndrica, sin alas, con la copa cuadrada y adornado con plumas encarnadas de papagayo, ó con plumas de águila ó de halcón. Las mujeres, por el contrario, se adornan el cabello con peines hechos de cerdas de puerco espín y con horquillas (1). Si á esto añadimos que así los hombres como las mujeres se agujerean el músculo auricular interno para introducir en el orificio un palito del tamaño de un cigarro, y que los primeros están sujetos á la circuncisión, habremos dicho cuanto hay que decir sobre el traje y sobre los adornos de este pueblo.

En punto á armas, llevan los mombuttús, además del escudo y de la lanza, el arco y la flecha y también un cuchillo en forma de puñal ó arqueado á manera de hoz, al que dan gran variedad de formas; en cambio carecen, cosa que no deja de ser extraña, del verdadero cuchillo arrojadizo de los nyam-nyam. Tanta variedad como en los cuchillos vemos en las puntas de lanza y de flecha: las primeras son principalmente arqueadas y triangulares, las segundas son más bien anchas ó espatuladas para que produzcan mayores heridas. Ambas armas están provistas de canalizos para la sangre y de garfios. El mango de las flechas es de caña y está adornado con hojas de plátano ó con piel de ginebra. De los arcos es notable que la cuerda sea un junco de la India puesto en tensión, y que un pedazo de madera proteja el dedo pulgar contra el rebote del referido junco una vez lanzada la flecha. Los escudos son objeto de especial atención: para fabricarlos se cortan á hachazos los más gruesos troncos en forma de planchas bastante anchas, lisas y cuadrangulares, altas de dos tercios de la estatura

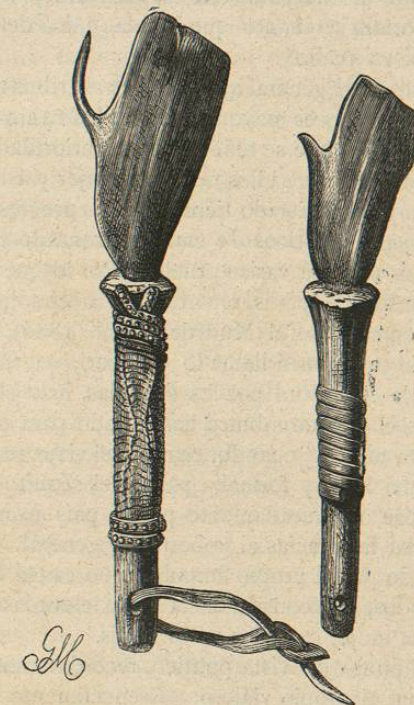
(1) Es notable que, como ha observado Schweinfurth, de todos los pueblos del Africa sean los ishogos del Africa occidental los que más semejanza ofrezcan con los mombuttús en punto á peinados: las mujeres ishogas se parecen mucho á los hombres mombuttús.

del hombre, reforzadas exteriormente por una costilla de madera clavada transversalmente en el centro, y además por cálamos de cañas paralelos colocados en ambos extremos y en los bordes superior é inferior. Todo desgarró ó hendidura se corrige inmediatamente por medio de piezas de cobre ó de hierro. Los escudos están pintados de negro y á menudo ostentan como adorno una cola de cerdo de Guinea (*Potamochoerus*).

La descripción de las armas de los mombuttús nos lleva naturalmente á estudiar la industria de este pueblo y en primer término aquella que mayor parte tiene en la confección de tales artefactos, es decir la herrería. Los mombuttús conocen dos clases de metales, el hierro y el cobre, allí tan estimados como la plata y el oro. Cuando Schweinfurth regaló al rey Munsá un poco de plata, ésta fué por aquél clasificada simplemente como hierro blanco. El hierro lo elaboran ellos mismos por igual procedimiento primitivo de fundición que los demás pueblos del interior del Africa, usando como fuelles dos cilindros de barro cerrados con hojas ablandadas de plátano: así por la rapidez de su trabajo como por la elegancia de sus productos, son los mombuttús superiores á los herreros bongos y á la mayoría de los otros herreros indígenas. El cobre no lo obtienen por sí mismos, sino que lo reciben, al parecer, del Sud, pero la demanda que de tal metal hacen es considerable, pues con él elaboran casi todos sus adornos. Fabrican un alambre plano de muchas varas y lo arrollan á los arcos y á los mangos de lanza y de cuchillo. Con cobre están forrados los escudos y los palitos de las orejas, y con él se sujetan unos á otros los anillos de piel de búfalo y se adornan las lengüetas de sus cinturones.

Además de la metalurgia, ha alcanzado notable progreso la escultura, para la cual escogen con preferencia el tronco alto, grueso y de pocas ramas de una rubiacea (*Uncaria*), que derriban no sin gran esfuerzo con sus pequeñas destreza y que comienzan por esculpir toscamente con un instrumento parecido á la destal de los toneleros. En estos troncos vacían canoas hasta de 12 metros de largo por 1 y $\frac{1}{4}$ de ancho, suficientemente grandes para el transporte de bues y de caballos. Escudos, tambores, sillas y platos son también productos importantes de esta escultura, empleando para su fabricación un instrumento cortante especial. La variedad de formas de sus platos es extraordinaria: los hay con asas como anillos y los hay también que descansan sobre cuatro pies. La aplicación de estos pies en todos los utensilios de madera está muy generalizada. Además de las sillas redondas para las mujeres, construyen para los hombres bancos de cuatro pies, cuyas diversas partes no están encoladas ni clavadas, sino cosidas con delgadas tiras de junco de la India: también son dignas de notarse sus camas de bambú y caña parecidas á las que usaban antiguamente los egipcios. Mayor es todavía la habilidad de los mombuttús en la alfarería, industria en la cual producen los mejores objetos del Africa central, estando en este ramo muy por encima no sólo de los bongos sino de los alfareros del Africa occidental, cuyos trabajos son imitación de los de los moros. A pesar de no conocer el torno, fabrican cacharros de admirable simetría, adornados con sencillez pero con gran elegancia. Es digno de notarse especialmente en ellos que dejan transcurrir algún tiempo antes de aplicar las ansas á sus complicados cacharros, cuando las vasijas de arcilla africanas carecen por regla general de este aditamento (véase el grabado de la pág. 168). Las botellas para agua son notables por la elegancia de sus formas que recuerdan los mejores dibujos egipcios: los cacharros para aceite se distinguen por la riqueza de su orna-

mentación. Merece asimismo consignarse que los mombuttús, con ser fumadores apasionados, no emplean en sus pipas cazoletas de arcilla: en este punto demuestran su ingenio utilizando el nervio central de la hoja del plátano como tubo de pipa y colocando en él un pedazo arrollado de esa misma hoja que se llena de tabaco. Algunos magnetos, sin embargo, fuman en pipas cuyo tubo es de metal y tienen hasta cinco pies de largo. Los mombuttús fabrican también pipas de extraordinarias dimensiones. Es extraño que en este pueblo sean desconocidos los instrumentos de cuerda, incluida la marimba: las formas de los cuernos, trompetas y tambores que allí existen son las mismas que se usan en toda el Africa. Los tambores planos y semicirculares de los mombuttús son reproducción en mayor tamaño de una forma más pequeña, hecha con otros materia-



Hierros arrojados de los lurs, que habitan al Sud de los makarakas (Museo para Etnografía, Berlín)

les y destinada á otros objetos, puesto que en el fondo vienen á ser las campanas planas del territorio de Congo ampliadas y construídas de madera.

Contra lo que sucede por regla general, el adelanto de la industria coincide con un abandono de la agricultura, de suerte que el mijo y la durrah son allí desconocidos y sólo se concede alguna importancia al maíz. El cultivo de la palma oleífera trae á la memoria el Africa occidental. Tampoco florece apenas allí la ganadería: los perros y las gallinas son los únicos animales domésticos, si se prescinde del cerdo de los pantanos (*Potamochoerus*) que algunas veces encontramos semi-domesticado. La caza y la guerra son las ocupaciones principales de los hombres. En la construcción de las chozas predomina el estilo cuadrado africano, á pesar de lo cual también se construyen algunas cuneiformes. Los mombuttús son hábiles arquitectos. El palacio del rey Munsá contiene pórticos de 150 pies de largo, 60 de ancho y 50 de alto. También es notable la habilidad culinaria de estas gentes, pero á este detalle no hay que darle gran importancia como indicio de civilización. Carecen del tabaco indígena que se cultiva más al Este, pero poseen el americano y la nuez *kola* que los individuos ilustres mascan del mismo modo que los habitantes del Níger.